

## RESUMEN / ABSTRACT

Este artículo utiliza la frustrada “toma” de Manzanillo como un laboratorio para explorar preguntas como la posibilidad real que los cristeros tenían, a través de su guerra de guerrillas, de derrocar al gobierno mexicano. El autor sugiere que el ejército cristero, lejos de formar una fuerza homogénea y bien disciplinada, estaba conformado por rebeldes mal organizados e incapaces de cumplir órdenes dictadas por sus generales. Utilizando una amplia variedad de documentos inéditos y publicados, Ortoll cuestiona la postura oficial pro-cristera, que sostiene que el asalto a Manzanillo resultó en un triunfo para las tropas rebeldes.

• • • • •

*This article uses the incident of the thwarted “taking” of Manzanillo as a case study to examine whether the cristeros, using the tactics of guerilla warfare, had any real possibility of defeating the government of Mexico at the time. The author suggests that the cristero army, far from being a monolithic and well-disciplined force, comprised groups of poorly-organized rebels incapable of following the orders of their leaders. Using a wide array of published and unpublished sources, Ortoll questions the official pro-cristero stance that considers the attack on Manzanillo as a triumph for the rebel troops.*

KEY WORDS: CRISTERO REBELS • GUERRILLA WARFARE • HELIODORO CHARIS • JESÚS DEGOLLADO GUÍZAR • MANZANILLO

Recepción: 29/10/04 • Aceptación: 29/09/05

## El general cristero Jesús Degollado Guízar y la *toma de Manzanillo* en 1928

SERVANDO ORTOLL\*  
Universidad de Sonora

*A la memoria de Ada Yazmín*

### EL PROBLEMA

Al psicólogo social William I. Thomas debemos el recordatorio de que la narración autobiográfica de un individuo usualmente se acerca al modelo del relato-ficción, donde ciertas situaciones y experiencias son idealizadas; mientras otras reprimidas por completo.<sup>1</sup> No pretendo, en ningún momento, generalizar a partir de la llamada (por los cristeros) *toma de Manzanillo*

#### PALABRAS CLAVE

•  
CRISTEROS  
•  
GUERRA DE GUERRILLAS  
•  
HELIODORO CHARIS  
•  
JESÚS DEGOLLADO GUÍZAR  
•  
MANZANILLO

• • • • •

\* Agradezco a Jean Meyer y a Lyle C. Brown que me permitieran utilizar documentos de sus archivos; a Rubén Carrillo Ruiz, a José de Jesús Hermsillo Martín del Campo, a Julia Preciado Zamora y a dos lectores anónimos, los comentarios a una versión anterior de este manuscrito. Guadalupe Rodríguez y Eva Nohemí Orozco García, revisaron cuidadosamente la última versión de este artículo. [servando.ortoll@gmail.com](mailto:servando.ortoll@gmail.com), [ortoll@yahoo.com](mailto:ortoll@yahoo.com)

<sup>1</sup> William I. Thomas, *The Unadjusted Girl: with cases and standpoint for behavior analysis*, Boston, Little/Brown, 1923.

en mayo de 1928. Por el contrario, comenzando con esa aventura militar dirigida por el *general* cristero Jesús Degollado Guízar, procuro abordar preguntas subyacentes que hasta la fecha han permanecido irresueltas. Por ejemplo: ¿qué tan eficiente era el servicio de espionaje (y comunicaciones) que proporcionaba la organización católica secreta conocida como la “U”, durante los momentos cruciales de la guerra cristera que duró desde 1926 hasta 1929? ¿Se dedicaba la “U” a cuidar las espaldas de los cristeros, o a hacer una verdadera acción de espionaje e inteligencia militar? Y respecto a los objetivos militares cristeros, ¿obedecían éstos a un plan de conjunto o simplemente a las decisiones precipitadas de sus líderes?

En este último rubro, cito la opinión del historiador militar y general de brigada, Luis Garfias Magaña quien, luego de un estudio de documentos depositados (entre otros sitios) en los archivos de la Secretaría de la Defensa Nacional, afirma:

La táctica ‘cristera’ fue eminentemente irregular, no podemos hablar de batallas en forma, ni de una táctica que caracterizara las operaciones de los sublevados, más bien eran movimientos inconexos dirigidos por la iniciativa, capacidad y conocimientos militares de los diferentes jefes.<sup>2</sup>

Pese a que debemos analizar el aserto de Garfias Magaña con mayor profundidad en cuanto a sus implicaciones, me ha parecido prudente citarlo aquí pues ayuda a esclarecer el caso de la *toma de Manzanillo* por los cristeros, el 24 de mayo de 1928. Antes de proseguir quiero aclarar que, para mí, el levantamiento en Colima, si bien coincidió en lo temporal con otros alzamientos en otras partes del occidente mexicano, tenía características muy particulares. Ya lo afirmé en otra parte: la guerra cristera “inició, se desarrolló y terminó dentro de los confines del estado. La guerra cristera fue, antes que nada, colimense”.<sup>3</sup> Es desde esta perspectiva que un ataque como el realizado al puerto de Manzanillo es particularmente importante, puesto que esa fue la primera y última vez en que un *general* cristero buscó coordinar fuerzas de los estados de Colima, Jalisco y

• • • • •

2 Luis Garfias Magaña, “El ejército mexicano de 1913 a 1938”, en Miguel Ángel Rosas Pardavell (coord.), *El ejército mexicano*, México, Secretaría de la Defensa Nacional, 1979, p. 462.

3 Servando Ortoll, “Colima cristera: la guerra de los mil días”, en *Artes de México*, núm. 57, 2001, p. 54.

El general cristero Jesús Degollado...

Michoacán, para llevar a cabo una acción militar específica de tal envergadura. Pero de allí no nació mi interés por el ataque a Manzanillo.

Mi preocupación por estudiar este acontecimiento histórico surgió al leer un corrido aparecido el 22 de octubre de 1958 en *David*, la revista de los veteranos cristeros. “La musa cristera en el ataque al puerto de Manzanillo”, como bautizó el anónimo autor su corrido, idealiza, marcadamente, la experiencia cristera durante el ataque. No tengo que mencionar, aunque lo hago, que todo aquel que leyera (o escuchara) el corrido, sin tener antecedentes históricos sobre el hecho narrado, acabaría con la idea de que los cristeros salieron invictos de su aventurera *toma* del puerto colimense. Retomo ahora varias estrofas del corrido, para ilustrar mejor a lo que me refiero:

El veinte y cuatro de mayo  
ah, qué día tan señalado,  
los populares entraron  
a ese puerto mentado.  
Nunca jamás esperaban  
los guachos un golpecillo  
se tantiaban orgullosos  
en el puerto de Manzanillo.

[...]

A las seis de la mañana  
presente lo tengo yo  
por el lado de Tepiste  
el fuego se comenzó.  
Por el panteón y el cerro  
estaban los populares  
dándoles las mañanitas  
a los guachos federales.

[...]

Como a las seis de la tarde,  
señores, esto es muy cierto

las fuerzas libertadoras  
se apoderaron del puerto.  
[...]

Siguieron los populares  
avanzando hacia el centro  
cuando aparece un convoy  
en violencia dando fuego.  
Nada hicieron los disparos  
que la metralla tiró  
los populares salieron  
y la plaza sola quedó.  
Ciento cincuenta guachillos  
fue el número que murieron  
en compañía de dos mayores  
que víctimas también fueron.

[...]⁴

Reprimida por completo está la *otra* parte de la crónica. Y es que la *toma de Manzanillo* concluyó en una de las derrotas más grandes en la historia del movimiento cristero, si la medimos en términos de los caídos. “La musa cristera en el ataque al puerto de Manzanillo”, resultó ser el primero de una serie de escritos y narraciones con que me encontré; en donde —como nos los recordara William I. Thomas— se enaltecían ciertos detalles del ataque al puerto y se reprimían otros. Peor aún, cuando los *jefes* cristeros finalmente reconocieron su derrota decidieron publicar, a través de diversos medios, los motivos por los cuales sus planes militares fracasaron. Como parte de un plan preestablecido, leí los escritos aparecidos en la revista *David*, y releí otros (principalmente autobiográficos) que me ayudaron a entender qué era lo que

• • • • •

4 Biblioteca de Lyle C. Brown (en adelante, BLCB). “La musa cristera en el ataque al puerto de Manzanillo”, en *David*, 22 de octubre de 1958, p. 45. Para una lectura más fluida, he corregido la ortografía original de todos los documentos que aquí cito.

El general cristero Jesús Degollado...

los veteranos cristeros *recordaban* y qué lo que (de forma conveniente) *olvidaban* al contar y recontar los sucesos de ese fatídico 24 de mayo.<sup>5</sup>

Fue así que consulté las *Memorias de Jesús Degollado Guízar*,<sup>6</sup> *Los cristeros del volcán de Colima: escenas de la lucha por la libertad religiosa en México* de Enrique de Jesús Ochoa;<sup>7</sup> las “Memorias” de José Gutiérrez Gutiérrez;<sup>8</sup> la versión del “Ataque y toma de Manzanillo” de Miguel Ortiz;<sup>9</sup> el texto del general anticatólico, Cristóbal Rodríguez, *La Iglesia católica y la rebelión cristera en México (1926-1929)*;<sup>10</sup> el entonces semanario colimense *Ecos de la Costa*; el diario tapatío *El Informador*; muchos documentos de Edward H. Mall, vicecónsul estadounidense en Manzanillo, así como un importante reporte de guerra del general Heliodoro Charis, que me proporcionó el historiador Jean Meyer. Los escritos de Mall y de Charis, sobra decirlo, me ayudaron a comparar y contrastar las versiones cristeras con las de un testigo presencial (Mall) y las del general militar que dirigió el contraataque en Manzanillo, y que derrotó a los cristeros (Charis).

Pero ¿por qué preocuparme por esclarecer un hecho lamentable en los anales del movimiento cristero? Como lo mencioné en un principio, el ataque a

• • • • •

5 Mi búsqueda fue más allá de confirmar que los exjefes cristeros *olvidaron* los aspectos de su intervención en el ataque a Manzanillo que más les desfavorecían. Me interesaba ver cómo esta forma de recrear la historia oscurecía los hechos y empañaba la visión de todo aquél que buscara reconstruir el acontecimiento para luego evaluar su importancia dentro de la historia más amplia de la guerra cristera.

6 Hace unos años, tuve en mis manos una copia mecanográfica de las *Memorias* de Degollado, mismas que él vendía (después de los *arreglos* Iglesia-Estado de 1929) en cinco centavos. En ese momento, huelga decirlo, no leí el documento buscando pistas que me informaran sobre el ataque a Manzanillo y la posición de su autor. Ahora, el mismo documento que hablaba abiertamente del contacto amistoso de Degollado Guízar con un grupo de masones, se encuentra perdido en el Archivo del Arzobispado de Guadalajara.

7 Enrique de Jesús Ochoa [Spectator], *Los cristeros del volcán de Colima: escenas de la lucha por la libertad religiosa en México 1926-1929*, México, Veritas, 1940. Para este ensayo también consulté una versión posterior de la misma obra, que publicó en dos tomos la Editorial Jus.

8 “Memorias del Dr. José Gutiérrez Gutiérrez: cómo se ordenó y se llevó a efecto el ataque al puerto de Manzanillo, el día 24 de mayo de 1928”, en *David*, 22 de octubre de 1963, pp. 236-237; 22 de noviembre de 1963, pp. 254-255; y 22 de diciembre de 1963, pp. 271-273.

9 Miguel Ortiz, “Ataque y toma de Manzanillo”, en *David*, 22 de mayo de 1955, pp. 145-150.

Manzanillo nos puede servir de laboratorio para analizar preguntas de mayor envergadura, como por ejemplo, si los cristeros se encontraban verdaderamente capacitados o posibilitados para derrotar a un ejército regular.

### LOS PLANES Y PRIMEROS PREPARATIVOS

¿Cuál podría ser para los cristeros, desde el punto de vista militar, la importancia de tomar una plaza como la de Manzanillo?

Ya hacía tiempo [nos dice Enrique de Jesús Ochoa] que el general Degollado llevaba la idea de un ataque al puerto de Manzanillo [...] El general Degollado tenía muchas esperanzas en el éxito de ese movimiento que se comenzaba a planear. Tomarían parte, no sólo las fuerzas de Colima, sino los diversos regimientos del sur de Jalisco y aún el del mayor Anatolio Partida que operaba en la sierra de Mazamitla [Michoacán].<sup>11</sup>

Pero, ¿qué era lo que realmente buscaba Degollado Guízar con tal ataque? En sus memorias, el general nos habla vagamente de este asunto: de joven había conocido el puerto y, al recordar su topografía y lo escaso de su guarnición militar, empezó a preparar “un plan de ataque, con la seguridad de obtener fácilmente el triunfo”. Degollado Guízar estaba convencido, basándose en sus recuerdos de juventud, que con pocos de sus seguidores, Manzanillo quedaría *bien sitiado*:

Pensé que cortando las comunicaciones por ferrocarril era lo más fácil rendir la guarnición de unos cien hombres, accidentalmente aumentada con los soldados del cañonero *Progreso* [sic], que con frecuencia se encontraban ahí. Pasé muchas noches en vela pensando cómo mover la gente sin que el enemigo nos sintiera. Además, había que combinar distintas fuerzas, para distraer a los contrarios.<sup>12</sup>

• • • • •

10 Cristóbal Rodríguez, *La Iglesia católica y la rebelión cristera en México, 1926-29*, México, La Voz de Juárez, 1960.

11 Enrique de Jesús Ochoa [Spectator], *Los cristeros del volcán de Colima, escenas de la lucha por la libertad religiosa en México, 1926-1929*, 2 vols., México, Jus, 1961, vol. 2, p. 59.

12 Jesús Degollado Guízar, *Memorias de Jesús Degollado Guízar, último general en jefe del ejército cristero*, México, Jus, 1957, p. 136.

Puse un *sic* frente a la mención que Degollado Guízar hace de *El Progreso*, porque, aparte de haber sido un elemento fundamental en la defensa del puerto durante las primeras horas de la mañana del jueves 24 de mayo, dudo que él supiera en realidad de su *presencia* ocasional en el puerto o, si la conocía, que hubiera considerado la fuerza que dicho cañonero podría representar en el momento del ataque al puerto de Manzanillo que, según él, había planeado tan cuidadosamente. Como sea, Degollado Guízar formuló un plan que luego expuso a los miembros de su Estado Mayor. Tras estudiarlo unos días, sus subalternos lo aprobaron. Sólo faltaba llevarlo a la práctica.<sup>13</sup>

Quien lea y estudie con detenimiento las declaraciones de los autores cristeros que menciono, encontrará infinidad de contradicciones e inexactitudes en sus escritos. Dichos obstáculos le impedirán constatar al lector si, antes de comenzado el ataque, los cristeros estaban al tanto de todas las posibles contingencias militares que pudieran presentárseles. Contingencias que, sobra decirlo, complican la reconstrucción de los hechos. Con toda la información que me fue posible (y permitido) reunir, describo a continuación los acontecimientos más significativos, mismos que ayudarán a responder algunas de las preguntas planteadas.

#### UNA REUNIÓN EN LA YERBABUENA

El primer paso, en la agenda de Degollado Guízar, consistió en reunir, en uno de los campamentos cristeros, a los representantes de las tropas cristeras que habrían de participar —directa o indirectamente— en el ataque a Manzanillo. El miércoles 2 de mayo de 1928, Degollado Guízar congregó en el campamento militar cristero de La Yerbabuena, ubicado en las faldas del volcán de Colima, a los *generales* Andrés Salazar, Alberto B. Gutiérrez, Carlos Bouquet, Lucas Cueva y al *coronel* Marcos Torres, en representación de Miguel Anguiano Márquez.

En La Yerbabuena, Degollado Guízar transmitió a los generales cristeros sus planes de atacar el puerto de Manzanillo, a las seis de la mañana del jueves 24 de mayo. En esa ocasión, Degollado Guízar distribuyó las tareas que deberían cumplir los allí presentes: encargó al general Alberto B. Gutiérrez que ese mis-

• • • • •

<sup>13</sup> *Ibid.*

mo jueves 24, en la madrugada, dinamitara el conocido puente Negro, al sur de Coquimatlán, para impedir el paso de las fuerzas militares que pudieran acudir, por ferrocarril, a auxiliar a las tropas sitiadas en Manzanillo.<sup>14</sup> Sería la tarea de Gutiérrez interrumpir “por completo la comunicación no sólo telegráfica y telefónica, sino ferrocarrilera entre Colima y Manzanillo”.<sup>15</sup> Degollado Guízar insistió en sus instrucciones: Gutiérrez volaría con dinamita el puente Negro a la media noche del 23, para evitar que *el enemigo* movilizara a los militares de Colima, con el propósito de “auxiliar a las fuerzas que guarnecen Manzanillo”.<sup>16</sup>

Degollado Guízar encargó que Andrés Salazar (ausente en la reunión de La Yerbabuena) *amagara* la plaza de Colima precisamente a las seis de la mañana de ese mismo 24 de mayo, auxiliado por Marcos Torres y por las tropas que el general Anguiano le proporcionara a este último. Con un asalto a la plaza de Colima que coincidiera con el de Manzanillo, la guarnición militar en la capital del estado no se movilizaría o, de hacerlo, lo haría “con contingentes reducidos”.<sup>17</sup> El ataque a la capital del estado, junto con la total destrucción del puente Negro, disminuyó las posibilidades de que llegara a Manzanillo a tiempo una *reducida* guarnición militar proveniente de Colima, que buscara abortar la toma del puerto.

Como parte del mismo plan, ese miércoles 2 de mayo en La Yerbabuena, Degollado Guízar encomendó a Bouquet que se encontrara con él, con el general Manuel C. Michel y con el mayor Candelario Cisneros, en Pueblo Nuevo, Jalisco, el martes 22 de mayo. El general Cueva —que reforzaría su regimiento con dos escuadrones adicionales conformados por las fuerzas de los generales Arreola y Caro—, habría de reunirse con el propio Degollado Guízar en la hacienda de Tequestitlán el miércoles 23 a las cinco de la tarde en punto.<sup>18</sup> De



14 La hora en que la orden de dinamitar el puente Negro habría de ser cumplida, varía según el autor que la mencione, pero se sitúa entre la media noche y las cuatro de la mañana.

15 Enrique de Jesús Ochoa, *op. cit.*, 1961, vol. 2, p. 212. Véase también, Cristóbal Rodríguez, *op. cit.*, 1960, p. 229.

16 “Memorias del Dr. José Gutiérrez Gutiérrez...”, *op. cit.*, 1963, p. 236.

17 Jesús Degollado Guízar, *op. cit.*, 1957, p. 138.

18 Miguel Ortiz, *op. cit.*, 1955, pp. 146-147. Ortiz menciona la hacienda de “Chequistla”, mientras que otros autores, incluido Degollado Guízar, hablan de la de “Tequesquitlán”. Véase, por ejemplo, Jesús Degollado Guízar, *op. cit.*, 1957, p. 139 y 141.

Tequestitlán, una vez tomada la plaza alrededor de las ocho de la noche Cueva y Degollado Guízar reanudarían la marcha para amanecer en Cihuatlán, donde las tropas cristeras atacarían la que el propio Degollado Guízar llamó “numerosa fuerza agrarista de Cihuatlán”, cuya “nulificación o destrucción”, era imprescindible para la consecución exitosa de sus planes.<sup>19</sup> Una vez derrotadas las fuerzas de Cihuatlán, los cristeros abordarían “un buen número de camiones” que se encontraban en dicha plaza, partirían rumbo a Manzanillo, y llegarían al puerto a media mañana.<sup>20</sup>

Pese a que en público le *preocupaba* la “numerosa fuerza agrarista” de Cihuatlán, en privado, Degollado Guízar se jactó de que la “guarnición callista” del poblado, “aunque numerosa”, no se defendería tanto, puesto que todos eran “agraristas y éstos no pelean”.<sup>21</sup> Degollado Guízar tenía así, dos posturas rivales frente a los planes que estaban por ejecutarse. Por una parte, su temor (menos real que retórico) de embestir (y doblegar) un *fortalecido grupo* de agraristas en Cihuatlán y, por el otro, su postura como coordinador de la *toma de Manzanillo*, según la cual ocultaba todo sentimiento que pusiera en duda el triunfo de su empresa.

Mi relectura de los hechos, basándome en un análisis quizá demasiado atrevido de la actitud personal de Degollado Guízar es la siguiente: que el general cristero ansiaba presentar *en público* a los agraristas de Cihuatlán como una fuerza que podría fácilmente poner en jaque el ataque sobre Manzanillo, a sabiendas (*en privado*) de que esto era imposible, pues los agraristas eran pocos y *no* peleaban. La segunda parte de mi relectura, que documento más adelante, es que ese asalto *estratégico* sobre Cihuatlán (mientras las tropas cristeras que habrían de atacar Manzanillo seguían de frente, sin detenerse, ya que el único ingreso viable al puerto partía desde ese pueblo de Jalisco)<sup>22</sup> le permitió al gene-

• • • • •

19 Jesús Degollado Guízar, *op. cit.*, 1957, p. 140.

20 Miguel Ortiz, *op. cit.*, 1955, p. 147.

21 “Memorias del Dr. José Gutiérrez Gutiérrez...”, *op. cit.*, 1963, p. 237.

22 Respecto a las entradas a Manzanillo, sólo existían dos: una para el tren y la otra, por camino de herradura, a través de Cihuatlán. Así lo explicó el vicecónsul estadounidense: “hay solamente dos entradas a la ciudad de Manzanillo, es decir, un camino que comprende de Manzanillo a Cihuatlán, Jalisco; y un tramo de ferrocarril que se extiende desde Manzanillo hasta Los Colomos, una hacienda que se localiza en las cercanías”. Véase College Park, Maryland. National Archives (NA) Record Group (RG) 59 State Department Records (SDR) 812.00 Colima/35, Edward H. Mall, vicecónsul norteamericano en turno, al secretario de Estado norteamericano, Manzanillo, 19 de marzo de 1929.

ral retrasar al máximo su arribo al puerto, pues en realidad, no calculaba presentarse en el centro de Manzanillo, sino hasta bien entrada la mañana, es decir, en el momento mismo en que las tropas cristeras hubieran diezmado la plaza.

De ahí que no sorprenda que, en La Yerbabuena, Degollado Guízar no se propusiera para tomar directamente Manzanillo. El honor se lo delegó al general Bouquet, quien habría de mandar *en jefe* la columna que atacaría la guarnición del puerto. Para impedir que se rehusara a aceptar tal distinción (y aquí podemos ver con claridad la *verdadera* planeación del general), Degollado Guízar ordenó que se incorporaran al regimiento de Bouquet las fuerzas del general Manuel C. Michel, así como las de Anatolio Partida, las de los hermanos Sahagú y las de Candelario Cisneros. Bouquet tomaría la plaza de Manzanillo con una fuerza triestatal fortalecida con las tropas que se encontrarían en Pueblo Nuevo, y esto no era *peccata minuta*.

Con más de mil hombres a su mando, le explicó Degollado Guízar a Bouquet, ante todos los asistentes a la reunión de La Yerbabuena, que éste podría derrotar *ampliamente* la guarnición del puerto. Además y de así *permitirlo* Dios (¿hasta dónde era capaz de llegar el general cristero?), el propio Degollado Guízar se encontraría con Bouquet y sus tropas invictas en Manzanillo como a las once de la mañana del jueves 24, para ayudarles en todo lo necesario.<sup>23</sup> La diferencia entre llegar a las 11:00 o a las 12:00 del día podría parecer cosa pequeña para Degollado Guízar, pero seguramente que en esos instantes se agolpaba toda suerte de preguntas en la mente de Bouquet. ¿No sería preferible que Degollado Guízar comandara la columna que habría de atacar Manzanillo? O, en caso de que el propio Bouquet quedara, como acordado, al mando de los cristeros, ¿no convendría que Degollado Guízar lo acompañara en una empresa tan difícil y finalmente tan azarosa, en vez de demorar cinco o seis horas su entrada al puerto? Pero la astucia de Degollado Guízar impidió que Bouquet se atreviera a externar sus opiniones.

Abundaré más adelante en la pregunta de por qué Degollado Guízar demoró tantas horas su llegada a Manzanillo, cuando se encontraba en juego una campaña tan importante. Antes, sin embargo, relataré lo acontecido el martes

• • • • •

23 Jesús Degollado Guízar, *op. cit.*, 1957, p. 140.

El general cristero Jesús Degollado...

22 en Pueblo Nuevo, el primer día en que se puso en marcha el plan maestro de Jesús Degollado Guízar para tomar la plaza del puerto de Manzanillo.

#### DEL DICHO AL TRECHO: LA SERENATA DE PUEBLO NUEVO

Es de sentido común pensar que una tropa bien descansada responde mejor (física y psicológicamente), que otra cansada y desvelada, ante una empresa como la que se avecinaba. Por ello retomo lo acontecido en Pueblo Nuevo para mostrar cómo, ignorando las arduas pruebas que sus tropas habrían de encarar, Degollado Guízar permitió que sus soldados tomaran a juego la peligrosa empresa que se avecinaba. Siguiendo puntillosamente los planes del general, todas las tropas cristeras, que llegaban a los mil elementos, se congregaron en Pueblo Nuevo el martes 22 de mayo. Entrada la noche, fue cuando inició el desorden: alrededor de las diez de la noche el general Bouquet —el mismo que habría de comandar en jefe la *toma de Manzanillo*— se presentó ante Degollado Guízar para comunicarle un parte sin novedades y para solicitarle, “en nombre de todas las fuerzas que se encontraban en el lugar”, que lo autorizara para “sacar un gallo”.<sup>24</sup>

Como ese acto ni era pecaminoso ni *perjudicaba a la disciplina*, Degollado Guízar concedió el permiso solicitado, recordándoles que, de beber o molestar a los vecinos de Pueblo Nuevo él los castigaría *con todo rigor*. Como si no estuvieran a punto de participar en uno de los episodios militares más importantes del movimiento cristero, los *muchachos* aprovecharon la noche del 22 al 23 de mayo (es decir, un día antes de la *toma* del puerto) para distraerse. Esto, pese a que “una tormenta terrible caía sobre el poblado [y] llovía a mares”.<sup>25</sup>

Bouquet y sus muchachos fueron a llevar serenata mientras que los acompañantes cercanos a Degollado Guízar se dispusieron a descansar. Como a las cuatro de la madrugada, llegaron los hombres de Bouquet al pie de la ventana donde dormía el general para cantarle “Ojos tapatíos”. Era tanto el regocijo de los cantantes que quienes se habían quedado al lado del general le pidieron permiso para unirse al resto de los cristeros. Degollado Guízar, magnánimo, les

• • • • •

<sup>24</sup> Miguel Ortíz, *op. cit.*, 1955, p. 147.

<sup>25</sup> “Memorias del Dr. José Gutiérrez Gutiérrez”, *op. cit.*, 1963, p. 254.

concedió ese capricho para quedarse solo en compañía del jefe de la familia de la casa en donde él y sus colaboradores cercanos se hospedaban.<sup>26</sup>

La tempestad no impidió que los *muchachos* continuaran su serenata con la venia del general, puesto que no había nada de malo en lo que hacían y “cuando el tiempo lo permite [*sic*] hay que divertirse”.<sup>27</sup> Dos horas más tarde, es decir, a las seis de la mañana, Bouquet rindió su parte de novedades sin que, al parecer, hubiera alguna anormalidad, más allá de que todos habían pasado la noche en vela. A esa hora, después de oír misa, los soldados de Cristo consumieron un abundante almuerzo.<sup>28</sup>

Surge en este momento la pregunta: ¿cómo pudo un *general* permitir que sus tropas se pasaran toda la noche de serenata, bajo una *tormenta torrencial* un día antes y a muchas horas de distancia del punto que habrían de atacar? En sus memorias, y seguramente para evadir las críticas, Degollado Guízar olvida todo lo referente a la serenata de Pueblo Nuevo y sólo señala que las tropas cristeras descansaron *todo el día 23* con el objetivo de encontrarse “en buenas condiciones” (es decir, recuperándose de su vigilia de la noche anterior) para emprender la lucha.<sup>29</sup>

Como fuera, y olvidando su falta de responsabilidad militar para con sus hombres, ese 23 de mayo, en Pueblo Nuevo, Degollado Guízar repasó su plan general sobre el ataque del día siguiente. Todas las tropas quedarían subordinadas a Bouquet, quien asaltaría la plaza. Según ese mismo plan —y que el trasnochado Bouquet podía modificar según las circunstancias—, las fuerzas cristeras se dividirían en tres columnas. La del centro quedaría bajo el propio Bouquet; la del flanco izquierdo la coordinaría el mayor Anatolio Partida, mientras que la columna del flanco derecho quedaría bajo las órdenes del mayor Rafael Covarrubias. Para ser consecuente con su supuesto temor (revelado en público) por las represalias que podría tomar la “numerosa fuerza agrarista de Cihuatlán”, Degollado Guízar ordenó que el capitán Marcelino Ramírez, con un escuadrón “bien reforzado”, se colocara en Santiago, para contener cual-

• • • • •

26 Miguel Ortiz, *op. cit.*, 1955, p. 147.

27 “Memorias del Dr. José Gutiérrez Gutiérrez”, *op. cit.*, 1963, pp. 254-256.

28 Miguel Ortiz, *op. cit.*, 1955, p.147.

29 Jesús Degollado Guízar, *op. cit.*, 1957, pp. 140-141.

quier ofensiva proveniente de Cihuatlán. A Ramírez le encargó también una labor clave: nombrar a su vez a un retén que vigilara desde un punto dominante la vía del ferrocarril procedente de Colima. Así quedaría *completamente* asegurada la retaguardia de las tropas cristeras.<sup>30</sup>

Según el plan maestro de Degollado Guízar, entonces, Bouquet saldría de Pueblo Nuevo con los más de mil hombres a su mando, para *derrotar* la guarnición de Manzanillo. Mientras, Degollado Guízar saldría tranquilamente del mismo punto con tiempo suficiente para llegar, junto con su Estado Mayor y el general Michel, a la hacienda de Tequestitlán antes de las cinco de la tarde, donde se uniría al general Cueva, a sus hombres y a dos escuadrones adicionales del general Ibarra. De Tequestitlán y verificando un rodeo innecesario, Degollado Guízar salió entre las ocho y nueve de la noche, para acometer y rendir la ya famosa *numerosa fuerza agrarista de Cihuatlán*, tomar los coches y camiones que sus hombres encontraran a su paso y, entonces —solamente entonces—, dirigirse al puerto y llegar allí entre las 10:30 y las 11:00 del día, para ayudar a los cristeros de Bouquet en lo que *quedara* por hacer.<sup>31</sup>

Cuando estaba por ponerse en marcha el plan maestro, un correo (seguramente de la “U”) le informó a Degollado Guízar del arribo del cañonero *El Progreso* al puerto de Manzanillo, aparentando serenidad, se conformó con decirle a Bouquet, quien ya se aprestaba a partir con sus hombres en esa dirección: “espero que [*El Progreso*] no sea un obstáculo que detenga nuestras fuerzas, confianza en Dios y adelante, mañana, si Dios lo permite, nos veremos”.<sup>32</sup> Tras Bouquet, Degollado Guízar salió de Pueblo Nuevo acompañado por una pequeña escolta y llegó a Tequestitlán quince minutos antes de la cita que había acordado con el joven general Lucas Cueva.

• • • • •

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 141.

<sup>31</sup> Miguel Ortiz, *op. cit.*, 1955, p. 147. Como lo mencioné antes, al parecer Ortiz confundió la hacienda de Chequistla por la de Tequesquiltán. Otro de los presentes recuerda que Guízar dijo en esos momentos: “Yo salgo para Tequesquiltán, [*sic*] en aquel lugar encontraré al general Cueva al que di cita para las cinco de la tarde de hoy, les deseo que lleguen bien [a Manzanillo] y Dios los ayude, yo después de atacar a Cihuatlán iré rápido [*sic*] para ayudarlos”. “Memorias del Dr. José Gutiérrez Gutiérrez”, *op. cit.*, 1963, p. 254.

<sup>32</sup> “Memorias del Dr. José Gutiérrez Gutiérrez”, *op. cit.*, 1963, p. 254.

En un portal de la finca de la ranchería, los recién llegados dejaron a cubierto sus caballos, listos para lo que llegara a ofrecerse. Montaron desde la parte alta de la finca y desde allí observaron a varios individuos desarmados que se comportaban de manera sospechosa. Al poco tiempo llegaron más, esta vez armados. Se preparaban los hombres de Degollado Guízar a abrir fuego, cuando llegó a la plaza de la hacienda el general Cueva, “como siempre, vestido de charro y con cotona de cuero; le acompañaban los jefes de su plana mayor y unos cuantos soldados”.<sup>33</sup> Aliviados con el arribo de Cueva, los miembros de la escolta de Degollado Guízar lo recibieron “con entusiastas vivas a Cristo Rey”.<sup>34</sup> Cueva, al mando de un brioso corcel y tras saludar a sus compañeros, se dirigió a Degollado Guízar para decirle: “Mi general, están dando las cinco de la tarde y estoy presente”.<sup>35</sup>

La presencia de Lucas Cueva serenó al general. Al verlo vestido de charro y con chaqueta de cuero y al frente de diez hombres armados,<sup>36</sup> el general se hinchó con nuevos bríos. Con sus temores mitigados, Degollado Guízar tomó posesión de su cargo; rápidamente le ordenó a Cueva que incautara armas y caballos en todas las casas a la redonda y que impidiera a toda persona salir de la hacienda. Acatando las órdenes del general, Cueva recogió un buen número de armas, cartuchos y caballos. En seguida, Degollado Guízar dispuso que se desensillaran los caballos y se les alimentara con suficiente pienso. La tropa, mientras tanto, debía descansar. Esa noche, los hombres de Cueva y Degollado Guízar cenaron en casa de un cristero.<sup>37</sup> Al terminar, Degollado Guízar mandó que Cueva preparara todo para salir a Cihuatlán esa misma noche, atacar y rendir a los agraristas de aquel lugar, y de ahí salir hacia Manzanillo, pues los cristeros de Bouquet los esperaban en el puerto “para medio día”.<sup>38</sup> El general recuerda así un intercambio que sostuvo en esos momentos con Cueva: “[antes

• • • • •

33 Jesús Degollado Guízar, *op. cit.*, 1957, p. 142.

34 Miguel Ortiz, *op. cit.*, 1955, p. 148.

35 Jesús Degollado Guízar, *op. cit.*, 1957, p. 142.

36 “Memorias del Dr. José Gutiérrez Gutiérrez”, *op. cit.*, 1963, pp. 254-256.

37 Miguel Ortiz, *op. cit.*, 1955, p. 148.

38 *Ibid.*

El general cristero Jesús Degollado...

de llegar a Manzanillo] quiero [...] atacar a Cihuatlán: ahí en poco rato rendimos a los que quieran resistir, y luego la emprendemos para el puerto”.<sup>39</sup>

Así explicó Degollado Guízar a Cueva su estrategia para atacar a Cihuatlán (una vez más, como aconteció con Bouquet, el general cedió a Cueva el honor de coordinar el asalto):

[...] a las ocho de la noche, salimos para Cihuatlán. Antes de amanecer ya estaremos sitiando el poblado. Dividiremos la columna a su mando en dos. Usted ataca de poniente a oriente y yo de oriente a poniente. Creo que con unas cuantas bombas se rinden los agraristas. Procuremos apretarnos rápido para juntarnos en el centro del poblado.<sup>40</sup>

Las tropas de Degollado Guízar, conformadas por 600 u 800 hombres (según los cálculos de diferentes testigos), llegaron a las goteras de Cihuatlán a las 3:30 de la madrugada. Ahí los contuvo Degollado Guízar por “más de una hora”, hasta que por fin le ordenó “a Cueva que avanzara con precauciones para que no fuera sentido su movimiento por el enemigo”; otro tanto harían los hombres que comandaba el general. “A las primeras luces del alba [rememora un participante] nuestras fuerzas avanzaron con rapidez y *después de unos cuantos tiros y de unas tres o cuatro bombas de mano, el enemigo rendía sus armas*”.<sup>41</sup> Degollado Guízar, siguiendo de cerca esta versión, recuerda cómo sus tropas avanzaron “en círculo cerrado sobre la plaza” de Cihuatlán. No tardaron los agraristas en responder con la fusilería, “pero demasiado débilmente”. Los hombres del general avanzaron y cerraron el círculo, “arrollando cuanto encontraban”. Fue así que “las bombas de mano empezaron a atronar el espacio, y apenas amaneció el enemigo entregaba sus armas”.<sup>42</sup>

“*Bastaron unos cuantos tiros y unas dos bombas de mano para que los que estaban en la plaza se rindieran, la mayor parte había huido*”.<sup>43</sup> Se puede ver que,

• • • • •

39 Jesús Degollado Guízar, *op. cit.*, 1957, p. 143.

40 *Ibid.*

41 Miguel Ortiz, *op. cit.*, p. 148. Énfasis mío.

42 Jesús Degollado Guízar, *op. cit.*, 1957, p. 144.

43 “Memorias del Dr. José Gutiérrez Gutiérrez”, *op. cit.*, 1963, p. 254. Énfasis mío.

a pesar de las especulaciones y los temores públicos de Degollado Guízar, todos convergen en un punto importante: la toma de Cihuatlán no requirió ni de tanta gente ni de una planeación tan minuciosa. Había agraristas en el pueblo, es cierto, pues había empezado a “prender la mecha’ del agrarismo en la región”, a partir de mediados de 1926,<sup>44</sup> pero esto no significaba que los agraristas fueran tan poderosos ni que la captura del poblado ameritara el retraso que Degollado Guízar se impuso, de *motu proprio*, respecto a su arribo a Manzanillo.

En Cihuatlán, es cierto, se recogieron armas, cartuchos y caballos (algunos de ellos propiedad de políticos de Guadalajara) en números considerables. Pero esto no justifica, en términos militares, que Degollado Guízar ordenara a sus hombres: primero, que antes de partir tomaran un refrigerio, y luego, que 200 de ellos se encargaran de la caballada recién requisada y que “a un paso moderado la condujeran para el puerto de Manzanillo”; por último, dispuso “que se incautaran los camiones y coches, que se les pusiera gasolina y que estuvieran listos para salir a la primera orden”.<sup>45</sup> Degollado Guízar, como puede apreciarse, se valió de todos los medios para postergar la marcha de sus tropas sobre Manzanillo.

Una y otra vez los testimonios indican que, lejos de ser enemigos acérrimos de los cristeros, los cihuatlanenses —entre ellos un grupo de comerciantes— simpatizaban con los alzados: “el general Cueva llegó [...] con una fuerte cantidad de dinero que el comercio de Cihuatlán obsequiaba a las tropas cristeras”,<sup>46</sup> recuerda un testigo presencial. ¿Valió la pena *tomar* Cihuatlán cuando los enemigos eran pocos o inexistentes y lo que realmente estaba en juego era la toma del puerto de Manzanillo? Por lo pronto, Degollado Guízar encontró una excusa adicional para demorar aún más su partida. Con un gesto de generosidad improvisado, el general ordenó que el dinero que los comerciantes donaron se repartiera entre la tropa. Degollado Guízar actuaba, en esos momentos, como si hubiera olvidado que las tropas comandadas por Bouquet ya habían entra-

• • • • •

44 Cipriano Ceballos Martínez, *Crónica de Cihuatlán: un estudio geográfico, social, económico, político, cultural, educativo e histórico del Municipio de Cihuatlán, Jalisco*, Cihuatlán, H. Ayuntamiento de Cihuatlán, 1985, mimeografiado, p. 45.

45 Miguel Ortiz, *op. cit.*, 1955, p. 149. Énfasis mío en la primera parte de la cita. Entre los dueños de los caballos incautados se encontraba Margarito Ramírez. Véase, “Memorias del Dr. José Gutiérrez Gutiérrez”, *op. cit.*, 1963, pp. 254-256.

46 Miguel Ortiz, *op. cit.*, 1955, p. 149.

El general cristero Jesús Degollado...

do, según lo acordado, a las seis de la mañana a Manzanillo. Pero un hecho imprevisto forzó súbitamente a que Degollado Guízar apurara el paso: “nuestras tropas tomaban sus alimentos [*sic*] cuando se escuchó un fuerte cañoneo que lo producían los cañones del barco de guerra [El] *Progreso* que estaba surto en el puerto”, recordó el veterano cristero Miguel Ortiz.<sup>47</sup>

Ya no pudo Degollado Guízar posponer su arribo a Manzanillo:

[...] las tropas no hacían caso del desayuno, los disparos de los cañones del *Progreso* se oían muy cerca y esto entusiasmaba a las tropas que gritaban, ya vamos mi general, oiga qué bonito está el rejuego. En vista de eso [y sin que le quedara otra alternativa], el general ordenó la salida.<sup>48</sup>

Otro testigo recuerda vivamente esos momentos:

[...] jefes, oficiales y soldados se pararon rápidamente y pidieron al jefe que saliéramos luego para alcanzar a tomar parte en la batalla; mi general [*sic*] dio orden de subir a los camiones, él ocupó un coche marca Dodge que él mismo manejó y saliendo a la vanguardia de las tropas, tomamos el camino que conduce al puerto.<sup>49</sup>

No fue sino hasta que los cañonazos de *El Progreso* empezaron a oírse cercanos, que Degollado Guízar, sin alternativa posible, se vio obligado a ponerse en marcha y a la cabeza de los alzados: su suerte estaba echada. “En catorce camiones y un coche se acomodó la gente y salimos [recuerda Degollado Guízar] yo manejaba un auto particular en el que se apretujaron mi [Estado Mayor], el general Michel y el general Cueva”.<sup>50</sup>

“Caminando veloz por un camino cubierto de palmeras”, el general y los suyos llegaron a Santiago. Allí, los 50 hombres del capitán cristero Marcelino Ramírez, listos para contener cualquier ofensiva proveniente de Cihuatlán,

• • • • •

<sup>47</sup> *Ibid.*

<sup>48</sup> “Memorias del Dr. José Gutiérrez Gutiérrez”, *op. cit.*, 1963, pp. 254-256.

<sup>49</sup> Miguel Ortiz, *op. cit.*, 1955, p. 149.

<sup>50</sup> Jesús Degollado Guízar, *op. cit.*, 1957, p. 245.

les marcaron el alto.<sup>51</sup> Pronto, los representantes de ambos grupos intercambiaron contraseñas acordadas de antemano, y Degollado Guízar pudo enterarse, para su fortuna, de que las tropas de Bouquet ya habían alcanzado el centro de la ciudad. Luego, tras comunicarle a Ramírez del triunfo que sus tropas obtuvieron en Cihuatlán,<sup>52</sup> Degollado Guízar le reiteró (era importante ser consistente con sus temores) que se mantuviera alerta, pues tenía que “prevenir un posible ataque de fuerzas callistas que pudieran venir procedentes de Cihuatlán”.<sup>53</sup> Curiosamente, el vicecónsul estadounidense en Manzanillo reportó que “en la noche del 23 de mayo de 1928, los [rebeldes], unos 700, entraron a Cihuatlán con el propósito de obtener fondos. No causaron daños y después se fueron hacia Manzanillo”.<sup>54</sup> Una vez más la evidencia parece apuntar en la misma dirección: el ataque a Cihuatlán lo urdió Degollado Guízar para abstenerse de participar en la lucha armada y no porque esperaba encontrarse con un fuerte destacamento de agraristas en el pueblo.

#### LA ENTRADA TRIUNFAL DE GUÍZAR A MANZANILLO

De su breve entrevista con el capitán Ramírez en Santiago, Degollado Guízar se enteró de los logros que Bouquet había conseguido hasta entonces: sus tropas, dentro del poblado de Manzanillo, se encontraban “peleando bien, a pesar del cañonero [*El Progreso*] que les hostilizaba mucho pero que, hasta ese momento, no había detenido a los cristeros ni causado bajas”.<sup>55</sup> Si recordamos el plan maestro que trazó Degollado Guízar, sabemos qué era lo que pasaba por su mente: había comisionado al general Gutiérrez para que dinamitara el puente

• • • • •

51 Miguel Ortiz, *op. cit.*, 1955, p. 149.

52 Véase, por ejemplo, Antonio Rius Facius, *Méjico cristero: historia de la ACJM 1925 a 1931*, México, Patria, 1966, p. 343. La obra de Antonio Rius Facius, basada en las memorias de varios veteranos cristeros, contiene errores de omisión y comisión, respecto al ataque cristero a Manzanillo.

53 “Memorias del Dr. José Gutiérrez Gutiérrez”, *op. cit.*, 1963, p. 237. También le aconsejó Degollado Guízar a Ramírez que no tuviera “pendiente del enemigo por el lado del Oriente”, puesto que éste “había sido derrotado”. Para la primera cita véase Jesús Degollado Guízar, *op. cit.*, 1957, p. 245; para la segunda, Miguel Ortiz, *op. cit.*, 1955, p. 149.

54 Véase NA R6 59 SDR 812.00 Colima/11, Edward H. Mall al secretario de Estado norteamericano, Manzanillo, 2 de junio de 1928.

55 Jesús Degollado Guízar, *op. cit.*, 1957, p. 245.

El general cristero Jesús Degollado...

Negro al sur de Coquimatlán a las cuatro de la madrugada, y para que cortara todas las comunicaciones telefónicas y telegráficas entre el puerto y la ciudad de Colima; al general Salazar, con las fuerzas del general Anguiano, al mando del coronel Marcos Torres, le había encomendado que “amagara” la ciudad de Colima. Tanto a Salazar como a Torres, Degollado Guízar les ordenó que, “a más tardar”, se presentaran a las seis de la mañana en la capital del estado. Todo, con el fin de que la guarnición en Colima no se movilizara o, de hacerlo, que lo hiciera con contingentes reducidos.<sup>56</sup> Nunca imaginó Degollado Guízar que ni Marcos Torres, por mantenerse bajo las órdenes de Salazar, ni éste último, amagaron la ciudad de Colima (y mucho menos Villa de Álvarez) a la hora convenida.

Enrique de Jesús Ochoa ratifica lo anterior en su libro<sup>57</sup> y agrega que Torres y Anguiano tenían órdenes de atacar no sólo la ciudad de Colima, sino también el poblado vecino de Villa de Álvarez: “a las primeras horas de la mañana del día veinticuatro, con el objeto de no permitir que las guarniciones de esas dos plazas se movilizaran en auxilio de Manzanillo”. Y añade Ochoa que, con el mismo fin, a Gutiérrez se le había ordenado “que con una escolta procediera a dinamitar y destruir el puente Negro, que se encuentra al sur de Coquimatlán, sobre la vía del ferrocarril”.<sup>58</sup>

Degollado Guízar contaba con que su plan maestro se había consumado al pie de la letra. Con las noticias adicionales de que los hombres de Bouquet tenían controlada la guarnición del puerto, la presencia del cañonero en la bahía no lo sobrecogió tanto como había anticipado. De ahí que, si Degollado Guízar llegaba a Manzanillo cerca del mediodía —aun con la presencia del cañonero—, era porque lo tenía todo calculado: entraría como vencedor, como el autor intelectual del ataque y con sus tropas no haría sino rematar la poca oposición (tras más de cinco horas de lucha que Bouquet había encabezado) que podía quedar en el poblado. Pero el destino (y la falta de disciplina de sus subalternos) le tenía preparada una sorpresa por demás desagradable.

• • • • •

<sup>56</sup> *Ibid.*, p. 138.

<sup>57</sup> Enrique de Jesús Ochoa, *op. cit.*, 1961, vol. 2, pp. 62-63.

<sup>58</sup> *Ibid.*, vol. 2, p. 60.

La llegada de los hombres de Degollado Guízar y Cueva despistó tanto a los callistas del cañonero, como a los propios cristeros. Estos últimos dispararon algunas balas contra los recién venidos, mientras que los tripulantes de *El Progreso*, asumiendo que quienes arribaban eran refuerzos federales, permitieron que las tropas cristeras se pusieran a salvo. Cuando los del cañonero se percataron de su error y empezaron a dispararles, ya era demasiado tarde. Los cristeros estaban medianamente a salvo. El saldo de sangre, hasta esos momentos, se resumió a muchas reses muertas y a un “gran número de palmeras destruidas”.<sup>59</sup>

Justo entonces, a Degollado Guízar (acompañado por tres de sus hombres) le dio por subir a un cerro para espiar de cerca lo que acontecía. Como el general y sus tres acompañantes en el cerro se encontraban a menos de 300 metros del buque de guerra, desde la proa de *El Progreso*, les lanzaron un cañonazo que les pasó zumbando y que estalló más adelante. El susto casi mata al general Degollado Guízar:

[...] por el excesivo calor y *por el miedo que yo siempre cargaba*, me vino una como insolación; el sudor se veía correr por encima de mi camisola y de no ser por un limón que llevaba el [coronel] Miguel Rodríguez, creo que me hubiera muerto.<sup>60</sup>

Degollado Guízar se recuperó pronto y al poco andar descubrió varios cuerpos decapitados por los cañonazos de *El Progreso*. Los muertos no lo detuvieron. Al general le apuraba llegar al centro de la población a encontrarse con Bouquet. Sólo así podía reconocérsele el éxito. Cuando la columna del general se *enlazó* con la de Bouquet, el entusiasmo fue imponente. Los cristeros detuvieron su ataque contra los callistas. De todas sus gargantas salían *vivas a Cristo Rey y a Santa María de Guadalupe*. Los soldados de Cristo avanzaron por las calles “como locos”. El cañonero, según pudo apreciarlo Degollado Guízar, salió del puerto derrotado ante el avance de las fuerzas cristeras. Los sitiados entregaron las armas y los cristeros “entraron a la aduana y sacaron algún dinero, que se repartió entre las tropas; ya no se combatía, sólo tiros aislados se escuchaban”.<sup>61</sup>

• • • • •

59 Jesús Degollado Guízar, *op. cit.*, 1957, p. 146.

60 *Ibid.* Énfasis mio.

61 *Ibid.*, p. 147.

“Hubo un momento en que los callistas tocaron a rendición y el cañonero enfiló hacia la salida de la bahía. La plaza entera estaba en poder de los libertadores y el enemigo huía derrotado”, asegura Enrique de Jesús Ochoa.<sup>62</sup> “Todo estaba en silencio”, nos dice Degollado Guízar, “ya ni un disparo se oía”.<sup>63</sup> Pero “tan fácil y pasajero triunfo”<sup>64</sup> no habría de durar. Pronto “se presentó, *sin esperarlo los soldados cristeros*, [sic] un tren callista procedente de Colima, pletórico de soldados, al mando del general Heliodoro Charis, recién nombrado jefe de Operaciones Militares en el estado”. Los vigías cristeros informaron que, aunque se desplazaba lentamente, el tren “pronto llegaría” y que las tropas callistas “se podían ver con los gemelos”.<sup>65</sup>

Así, se desmoronó el plan maestro de Degollado Guízar, quien de inmediato ordenó la retirada. En ese momento, y salvo las tropas del general Lucas Cueva, todas las demás se encontraban “en lugar seguro”. Sólo Cueva, “llevado por su ardor incontenible, se quedó unos minutos más para recoger las armas y pertrechos de un grupo de ocho o diez soldados callistas que aún no los entregaban”. Error catastrófico: “el tren abarrotado de callistas”, que dirigía el general Heliodoro Charis, “cortó la retirada del general Cueva y de 45 soldados [cristeros]”.<sup>66</sup> Para las 4:30 de la tarde y, por una serie de confusiones y errores de cálculo, Cueva y todos los suyos habían caído ante las descargas enemigas.

A esa hora, se apagaron los vivas a Cristo Rey.

Nosotros [rememora Degollado Guízar ufano] seguíamos esperando. El enemigo no se atrevió a entablar combate con nosotros, [sic] porque sus bajas pasaban de trescientos hombres. Como a las cinco de la tarde, sin ser molestados, nos retiramos [sic] para el rumbo del poblado denominado *El Mamey*.<sup>67</sup>

• • • • •

62 Enrique de Jesús Ochoa, *op. cit.*, 1961, vol. 2, p. 61.

63 Jesús Degollado Guízar, *op. cit.*, 1957, p. 147.

64 Cristóbal Rodríguez, *op. cit.*, 1960, p. 225.

65 Jesús Degollado Guízar, *op. cit.*, 1957, p. 147. Énfasis mío.

66 *Ibid.*, p. 148.

67 *Ibid.*

De regreso al campamento, derrotado, Degollado Guízar buscó culpables, y el más grande de todos fue Alberto Gutiérrez, encargado “de interrumpir por completo la comunicación no sólo telegráfica [y telefónica], sino ferrocarrilera entre Colima y Manzanillo”. No sólo faltó a su deber al ordenar que se dinamitara un puente pequeño (y no el puente Negro) que los federales repararon en poco tiempo, sino que tampoco Salazar ni Marcos Torres (bajo las órdenes de Salazar), cumplieron con amagar a Villa de Álvarez y a Colima en la madrugada. De ahí que las guarniciones de ambas plazas auxiliaran, sin problema alguno, a la de Manzanillo.<sup>68</sup>

Para Degollado Guízar, lo importante era mostrar que otros —y nunca él— eran los responsables del fracaso militar. Pero Gutiérrez, al dejar de dinamitar el puente Negro no resultaba tan culpable por la frustrada toma del puerto como Salazar, quien, desde el punto de vista del general Degollado Guízar “merecía que se le hubiera formado un consejo de guerra y haberlo fusilado”. Y, de haberse encontrado en el lugar de Marcos Torres,

• • • • •

68 Enrique de Jesús Ochoa, *op. cit.*, 1961, vol. 2, p. 62. El sábado 26 de mayo el vicecónsul estadounidense en Manzanillo afirmó que “el jueves 24 de mayo de 1928 por la noche, los revolucionarios [atacaron] la ciudad de Colima, México”, pero sin obtener éxito en su empresa. Véase NA RG 59 SDR 812.00 Colima/6, Edward H. Mall, al secretario de Estado norteamericano, Manzanillo, 26 de mayo de 1928. Para el 2 de junio, cuando contaba con más información, Mall reportó que en el ataque a la ciudad de Colima hubo aproximadamente 120 *revolucionarios*. Según él, los cristeros entraron a Villa de Álvarez y quemaron la escuela de San Francisco pero que *no hicieron ningún otro daño*. Además, “tuvo lugar un combate y se sabe que murieron siete [miembros] de las fuerzas del estado y federales, así como un civil. Al mismo tiempo [los rebeldes] entraron por la sección oriental [de la ciudad] y saquearon una tienda. No se reportaron bajas. Los revolucionarios intentaron cortar los cables de la luz, pero fracasaron. Ninguno de los revolucionarios fue muerto o capturado”. Lo anterior parece confirmar lo dicho por Ochoa, respecto a los lugares que debían ser atacados por Salazar y Torres, aunque Ochoa no menciona nada sobre los atracos. Véase NA RG 59 SDR 812.00 Colima/12, Edward H. Mall al secretario de Estado norteamericano, Manzanillo, 2 de junio de 1928. Por último, el semanario *Ecos de la Costa* añadió sobre los mismos incidentes en Colima, los siguientes datos interesantes: “La noche del 24 del actual, una partida de rebeldes comandada por Marcos Torres y Félix Ramírez, se acercaron [*sic*] a San Francisco de Almoloyan, deteniendo el tranvía que de ésta va a la Villa de Álvarez, al cual le quitaron dos de las mulas de su servicio”. Pensando que se trataba de los mismos “rebeldes”, el *Ecos de la Costa* reportó que “más tarde esa misma partida estuvo en la esquina de ‘La Campana’, habiendo robado la tienda de ese nombre, propiedad del Sr. Salvador O. Alcaraz, a quien le llevaron mercancía por valor de trescientos pesos más o menos”. Finalmente, “la Escuela Federal de San Francisco Almoloyan fue incendiada por esos mismos rebeldes, quienes según parece, tienen horror por la instrucción pública”. Véase, *Ecos de la Costa*, Colima, 27 de mayo de 1928.

El general cristero Jesús Degollado...

[...] aun cuando estaba subordinado a Salazar [Degollado Guízar] lo hubiera desobedecido para cumplir las órdenes superiores, máxime que las fuerzas que [Marcos Torres] comandaba pertenecían a su corporación y no a la de Salazar.<sup>69</sup>

Por lo que ve al coronel Marcos V. Torres, que debía estar al mando del general Salazar, [escribió Enrique de Jesús Ochoa disculpando a Torres en este punto controversial] desde en la noche anterior durmió con sus soldados, según instrucciones que había recibido, en Potrero Duro, cerca de Chiapa esperando órdenes para movilizarse; pero las órdenes no llegaron sino hasta al caer la tarde de ese día 24.<sup>70</sup>

“En mi modo de pensar”, concluyó en sus memorias Degollado Guízar claramente exculpándose del fracaso en Manzanillo, “Salazar fue el causante de la muerte del general Cueva y de sus compañeros”.<sup>71</sup>

#### LO QUE DEGOLLADO IGNORABA O PREFIRIÓ OLVIDAR

El sábado 26 de mayo de 1928, el general de brigada Heliodoro Charis, jefe de la XIX Jefatura de Operaciones Militares en el estado de Colima, se dirigió al general de división, secretario de Estado y del Despacho de Guerra y Marina, para explicarle lo acontecido en Manzanillo. Su versión de los hechos, preparada a los dos días de efectuado el rescate de la plaza, dirigida a un superior y no para ser leída por un público general, dista en varios de sus puntos con las retocadas declaraciones que publicó en sus *Memorias* Degollado Guízar. Según Charis, el 24 por la mañana recibió parte del mayor de caballería y jefe del destacamento que guarnecía Manzanillo, Agustín Canizales Salas, que entre 400 y 500 “rebeldes fanáticos” atacaban el puerto. Canizales Salas pedía refuerzos. De inmediato, Charis formó una columna con 7 jefes, 16 oficiales y 370 hombres de tropa que iniciaron la marcha a Manzanillo en cuatro carros de caja conectados al tren de pasajeros. Eran las 9:50 de la mañana. El tren comple-

• • • • •

<sup>69</sup> Jesús Degollado Guízar, *op. cit.*, 1957, p. 150.

<sup>70</sup> Enrique de Jesús Ochoa, *op. cit.*, 1961, vol. 2, p. 63.

<sup>71</sup> Jesús Degollado Guízar, *op. cit.*, 1957, p. 150.

tó su recorrido sin novedad “hasta el kilómetro 552 A”, donde Charis encontró “un puente quemado”. Sus tropas repararon el puente “con toda rapidez” y, después de una hora, el convoy continuó su marcha.<sup>72</sup>

De creer a Charis, entonces, las comunicaciones permanecieron abiertas desde las primeras horas de la mañana y nadie dinamitó puente alguno en el trayecto de Colima a Manzanillo. El único puente dañado se encontraba a medio quemar y fue de fácil reparación. El puente quemado (que no era el Negro, que debía estar para entonces dinamitado)<sup>73</sup> no impidió el paso de los militares hasta Manzanillo. A las 2:00 de la tarde se acercó el convoy al puerto. Charis ordenó que el tren se aproximara lo más que pudiera a la estación ferrocarrilera. Una vez que la columna desembarcó en Manzanillo, Charis dividió sus tropas en tres columnas más pequeñas. La primera, con 90 hombres, habría de tomar el ala derecha hasta llegar al cerro El Cañón, para batirse con parte del enemigo; mientras que la segunda columna, con 100 hombres, debía ocupar el ala izquierda y escalar el cerro de La Chancla. Con la tercera columna, “compuesta de 180 hombres y demás jefes y oficiales comisionados en la jefatura”, Charis avanzó sobre el centro del poblado, “donde ya andaba el enemigo”.<sup>74</sup>

Charis acometió de inmediato, con órdenes de “asaltar con todo vigor las posiciones que tenía el enemigo”. Según la versión del general, las fuerzas federales hicieron retroceder a los cristeros a toda prisa. Al notar que “el enemigo”, que se encontraba en el cerro de La Chancla, comenzaba a retirarse, Charis mandó

• • • • •

72 Archivo de Jean Meyer (en adelante, AJM). Heliodoro Charis, general de brigada y jefe de la XIX Jefatura de Operaciones Militares, al C. general de división, secretario de Estado y del Despacho de Guerra y Marina, Manzanillo, 26 de mayo de 1928.

73 Hay muchos indicios de que el puente parcialmente quemado no fue el Negro. Según el corresponsal del diario tapatío *El Informador*, el tren en el que viajaba la columna militar que Charis dirigía “llegó sin ninguna novedad a Cuyutlán a las dieciséis horas treinta minutos, y después de haber arreglado los desperfectos [de la vía], continuó su camino hacia Manzanillo”. Véase *El Informador*, Guadalajara, 25 de mayo de 1928. La hora en que esto ocurrió está seguramente equivocada, pues el propio general Charis informó de su arribo a Manzanillo justo a las 16:00 horas, “en los precisos momentos en que el enemigo posesionábase de las alturas defendidas por un destacamento del 15º batallón y por la policía municipal; quienes desalojaron sus posiciones por haberse agotado las municiones”. Véase el parte oficial del combate de Manzanillo, fechado en ese puerto el 25 de mayo de 1928, enviado al general y jefe de las Operaciones Militares en Jalisco, Andrés Figueroa, y publicado en *El Informador*, Guadalajara, 26 de mayo de 1928.

74 AJM, Heliodoro Charis, al C. General de División, secretario de Estado y del Despacho de Guerra y Marina, Manzanillo, 26 de mayo de 1928.

que la columna que atacaba ese punto cortara a los alzados la retirada, obligándolos a combatir. Esto lo lograron los federales, “por cuyo motivo logró salir muy poco enemigo pereciendo el resto”.<sup>75</sup>

Aunque Charis no habla aquí de cifras, éstas parecen superiores a las cuentas que presentaron los cristeros de sus caídos. Entre los rebeldes atrapados en La Chancla, de acuerdo con Charis, se encontraban 11 de los jefes y oficiales cristeros que permanecieron encerrados en una casa ubicada en el mismo cerro.<sup>76</sup> Al parecer, fue en esa casa que Lucas Cueva, quien luchaba “con bravura de león acosado”, murió incinerado. “Alrededor de la casa que le sirvió de baluarte [recuerda Enrique de Jesús Ochoa] quedaron los callistas muertos en gran número; pues iban pereciendo sin remisión a medida que se acercaban, hasta que se puso fuego a la casa, última morada terrena de aquellos bravos cristeros, pereciendo casi todos ellos”.<sup>77</sup>

De sus prisioneros cristeros Charis supo que los rebeldes atacaron en un número de 800 (lo que corresponde aproximadamente a la cifra de cristeros que Bouquet comandaba). También se enteró de que los jefes cristeros eran “Degollado, Lucas Cuevas [sic], Anguiano, Zahagún [sic] y otros”, todo lo cual, como hemos visto, era verídico. Charis no dejó de mencionar la presencia de *El Progreso*, el cañonero anclado en la bahía a la hora del ataque y que protegió a las fuerzas de Charis en el momento oportuno. Una vez desalojados los cristeros de sus posiciones, Charis ordenó que una columna de 100 hombres (del 57º Batallón) los persiguiera. Fue así, que los soldados le cortaron la salida a los cristeros que marchaban a toda prisa hacia el Vigía y Ventanas. “Obligados [los cristeros] a combatir, fueron completamente exterminados, pues perecieron casi todos y los pocos que quedaron se arrojaron al mar”.<sup>78</sup>

Como puede observarse, Degollado Guízar olvidó, convenientemente, que otro grupo —aparte del que dirigía Cueva y al cual el tren cortó toda posibilidad de escape en el momento mismo de su arribo— terminó exterminado por

• • • • •

<sup>75</sup> *Ibid.*

<sup>76</sup> *Ibid.*

<sup>77</sup> Enrique de Jesús Ochoa, *op. cit.*, 1961, vol. 2, p. 62.

<sup>78</sup> AJM, Heliodoro Charis, al C. General de División, secretario de Estado y del Despacho de Guerra y Marina, Manzanillo, 26 de mayo de 1928. Véase también *El Informador*, Guadalajara, 26 de mayo de 1928.

las tropas de Charis. Eso no fue todo. Por la noche y durante todo el día siguiente, el general recorrió el campo de batalla, recogiendo “123 cadáveres del enemigo [*sic*]”.<sup>79</sup> Claro que también hubo bajas entre los hombres de Charis. El general de brigada, con toda paciencia, elaboró en su reporte una relación de sus nombres, cargos y de los batallones a que pertenecían. No es éste el punto importante a recalcar aquí, sino que los cristeros callaron el número tan grande de bajas que sus hombres sufrieron ante las tropas federales de Charis.

Además de los datos anteriores, Charis transcribió lo que investigó en relación con el asalto cristero al puerto. Los rebeldes, que iniciaron su ataque a las 6:15 de la mañana, se encontraron con un insignificante número de soldados que defendía la plaza. ¿Cómo fue que unos cuantos soldados contuvieron a los cristeros, que los superaban numéricamente, hasta que llegara Charis? Quizá las palabras del general arrojen luz sobre esta pregunta:

[...] inmediatamente que el extinto mayor del 13º Batallón Agustín Canizales Salas se dio cuenta de la proximidad del enemigo, con los 30 hombres [...] que tenía a sus órdenes y con los cuales consiguió contener el avance del citado enemigo [...], bajó a la población en compañía del C. teniente coronel Moisés Arellano Hernández, jefe accidental de la guarnición de Manzanillo; organizó [a] la policía municipal y [a] los guardias fiscales de la aduana, con los cuales reforzaron la línea de fuego que tenía establecida, e inició con todo brío un contraataque el cual por la superioridad numérica del enemigo no dio los resultados que deseaba, pero sí logró desconcertarlos [*sic*]; pero en vista de la superioridad numérica fueron rechazadas nuestras fuerzas, muriendo el C. mayor Agustín Canizales Salas y seis individuos de tropa [...] así como el celador de la aduana Rafael Pérez, y heridos el C. teniente coronel Moisés Arellano Hernández, jefe de la guarnición de la plaza, 5 soldados del 13º Batallón, [...] y el aspirante de 1ª. José Villalpando Rascón, que se encontraba cortando los cabos del transporte [*El*] Progreso, con objeto de que se hiciera a la mar, para que sus disparos de Artillería fueran más certeros, protegiendo así a los defensores de la plaza.<sup>80</sup>

• • • • •

79 AJM, Heliodoro Charis, *op. cit.*, 1928.

80 *Ibid.*

El general cristero Jesús Degollado...

De que hubo actos heroicos y otros de locura de ambos lados, no hay duda. Soldados de Cristo Rey se arrojaron al mar pereciendo ahogados antes de caer en manos de los callistas, y hubo, al menos, otro caso del lado de estos últimos que prefirió perecer de la misma forma, antes que caer en manos de los cristeros. De entre los heridos del campo cristero, el administrador de la hacienda de Santiago informó “que por allí pasó herido de gravedad el llamado general J. Degollado, y que llevaban además, de 60 a 65 heridos rumbo a Camotlán”.<sup>81</sup> ¿De ser esto cierto, por qué nunca nos enteramos que Degollado Guízar fue herido durante el combate? Si ocurrió este hecho, bien podríamos contarlo como otro de los muchos silencios (u olvidos), conscientes o inconscientes del exgeneral cristero.

Finalmente, según Charis, fueron 123 (más cinco prisioneros) las bajas que su columna ocasionó al enemigo, y no 45 como lo reportaron Degollado Guízar y otros autores cristeros. El informe de Charis termina prácticamente aquí, pero no responde a todas las preguntas que planteé en un principio.<sup>82</sup> Quiero retomarlas ahora, para contestarlas con los informes consulares que tengo a la mano.

## LO QUE HABÍA EN MANZANILLO Y LO QUE IGNORABAN LOS CRISTEROS

Son raras las ocasiones en que un mismo acontecimiento puede verse desde tantas perspectivas. En esta oportunidad, como lo mencioné en un principio,

• • • • •

<sup>81</sup> *Ibid.*

<sup>82</sup> Desde un punto de vista meramente numérico, me encuentro entre quienes contradicen al historiador Jean Meyer cuando afirma que el gobierno sintió “como una seria derrota” el ataque cristero a Manzanillo. Después de todo, afirma Meyer, impactaba que “unos desarraigados, que la prensa describía siempre como unos bandoleros, podían montar una operación de envergadura sin que nada se trasluciera y apoderarse del puerto de Manzanillo”. Jean Meyer, *La cristiada*, 3 vols., México, Siglo XXI, 1974-1977, vol. 1, p. 232. Es posible que el asalto a Manzanillo haya resultado un fuerte golpe psicológico al Estado mexicano. Lo cierto es, sin embargo, que el golpe que valió —el castrense— fue el que asestaron los militares al mando de Charis, a los cristeros que fallaron en su intento por tomar el puerto de Manzanillo. En cuanto a mi postura, consúltese Servando Ortoll, *op. cit.*, 2001, p. 59. Para una discusión que sintetiza las posturas de diferentes historiadores en torno a la figura de Jesús Degollado Guízar, véase Eva Nohemí Orozco García, *Los generales cristeros Enrique Garastieta y Jesús Degollado Guízar, una revisión historiográfica*, Universidad de Guadalajara, tesis de licenciatura, 2004, pp. 58-81.

tuve la suerte de encontrar reportes que se encuentran en los Archivos Nacionales de College Park, Maryland, redactados por Edward H. Mall, vicecónsul estadounidense a cargo, quien moraba entonces en Manzanillo. Su versión, pues, aunque reforzada por buena parte de la información obtenida por Charis, nos da una visión distinta a la narrada por los cristeros de lo acontecido. Mall afirma que “justo” a las “siete” de la mañana del jueves 24, un grupo de “revolucionarios” atacó el puerto desde las direcciones este y sur. “Su ataque fue una sorpresa para toda la gente, aunque se había rumorado que un sinnúmero de revolucionarios se encontraba acampado no muy lejos de Manzanillo”.<sup>83</sup> Según él, los aduaneros, los policías locales, *El Progreso*, así como un número indeterminado de civiles que contaban con armas y municiones, contestaron de inmediato el ataque cristero. “En cuanto comenzó el fuego”, escribió Mall, *El Progreso*, “que se encontraba a un lado del muelle, salió a la bahía abierta y comenzó a disparar. En Manzanillo, aproximadamente, 60 hombres defendían la ciudad”.<sup>84</sup>

Algo que sorprendió a Mall fue la facilidad con la que consiguió comunicarse con el cónsul estadounidense en Guadalajara y con la embajada de su país en la Ciudad de México. También pudo informar a sus superiores diplomáticos de lo que ocurría en el puerto en el instante mismo de los acontecimientos. El mayor Agustín Canizales Salas logró comunicarse con Charis. Fue así como Canizales Salas supo que el general de brigada en persona —en compañía del gobernador del estado, Laureano Cervantes— vendría en su auxilio. Luego, a los sitiados los fortalecía el saber que importantes refuerzos venían en camino. También ayudó que se diera un breve cese al fuego al mediodía (en el momento mismo en que reinó la confusión cuando Degollado Guízar llegó al centro de Manzanillo), aunque el combate recomenzara hora y media más tarde.

Mientras duró el inusitado cese al fuego, los cristeros cambiaron de posiciones: muchos de ellos treparon la cuesta ubicada a espaldas del consulado, para rodear así la ciudad. Como a la 1:30 de la tarde se reanudaron las hostilidades. Durante las cuatro horas que siguieron de lucha (es decir, hasta las 5:30 aproximadamente), según Mall, “se intercambiaron miles de disparos [...] Fuertes luchas tuvieron lugar frente al consulado”, añadió el diplomático, “y desde las

• • • • •

83 NA RG 59 SDR 812.00 Colima/6, Edward H. Mall al secretario de Estado norteamericano, Manzanillo, 26 de Mayo de 1928.

84 *Ibid.*

El general cristero Jesús Degollado...

ventanas pudimos observar todos los movimientos”.<sup>85</sup> Poco después de las 4:00 de la tarde, quienes se encontraban dentro del consulado escucharon “un disparo diferente: era el de los federales que llegaban en un momento oportuno [*sic*]”.

Unos minutos después todo quedó relativamente en silencio, pero debido a que 16 revolucionarios se habían atrincherado en tres casas en una de las colinas, justo al este del consulado, el fuego, incluyendo el de *El Progreso*, duró hasta las 7:00 p.m. Los revolucionarios [...] resultaron muertos y poco después dos de las casas fueron incendiadas por los federales. Los cuerpos de los rebeldes no fueron retirados de las casas y sus cuerpos incinerados presentaban una escena horrible a los que [las] visitaban.<sup>86</sup>

Pero había que dar una lección a los alzados: la mañana del viernes los federales llevaron a Manzanillo, en gran número, los cadáveres de los cristeros muertos y los colocaron en el jardín principal. Los soldados colgaron de un árbol a uno de ellos en la misma plaza. El vicecónsul contó 35 cuerpos entre quienes “uno de los prisioneros” identificó, entre otros, el de Lucas Cueva. Los federales cremaron 44 cadáveres, y en el cementerio encontraron un número adicional de cuerpos, pero no hicieron ningún intento por recobrarlos.<sup>87</sup>

Otra pregunta que esbocé al principio planteaba si la organización secreta de la “U” resultaba efectiva en sus trabajos de inteligencia. Copio a continuación el siguiente segmento del reporte del vicecónsul Mall porque, de ser cierto, la “U” falló al no informar *a tiempo*, a los cristeros involucrados en el ataque, sobre tres puntos clave: no sólo no se había cortado la comunicación entre Manzanillo y Colima hasta entrada la tarde, sino que *El Progreso* se encontraba surto en el puerto (y no acababa de llegar, como un correo hizo creer a Degollado Guízar), y la noche misma del miércoles 23, los aduaneros y los estibadores habían organizado dos importantes bailes, que, de ser conocidos, los cristeros pudieron haberlos utilizado para su beneficio:

• • • • •

<sup>85</sup> *Ibid.*

<sup>86</sup> *Ibid.*

<sup>87</sup> *Ibid.*

La noche anterior al ataque, los aduaneros y el sindicato de estibadores ofrecieron dos bailes que duraron hasta las 5 a.m. del jueves. Si los revolucionarios hubieran atacado la ciudad a las cuatro o cinco de la mañana, [*sic*] hubieran podido alcanzar una victoria. O al menos hubieran tenido más éxito. También es extraño que no hayan cortado los cables telegráficos. El servicio de telégrafos se mantuvo en funcionamiento hasta cerca de la 1:30 p.m. [*sic*] No hay duda de que [los rebeldes] se sorprendieron al enterarse que *El Progreso* se encontraba [anclado] en el puerto. Se suponía que el buque había de zarpar hacia el norte el miércoles por la noche.<sup>88</sup>

Todo parece haberse vuelto en contra de Degollado Guízar y sus tropas. Pero también importa saber la imagen que proyectaban los cristeros en Colima. ¿Eran *revolucionarios*, como erróneamente los llamaba el vicecónsul estadounidense, o peor aún, bandidos con bandera religiosa?

Los revolucionarios, por supuesto, entraron a Manzanillo con el propósito de obtener dinero, comida y ropa. Si iban a respetar o no la vida de los civiles no puede decirse. Se cree que hubieran ejecutado a todos los funcionarios gubernamentales, y había un número considerable de funcionarios federales, estatales y municipales en la ciudad. Trataron de obtener petróleo en cantidad, para quemar algunos edificios. No puedo decir si le hubieran prendido fuego a la planta de la California Standard Oil Company de México, una compañía norteamericana. De haberse ejecutado esto, los inversionistas estadounidenses hubieran sufrido una pérdida tremenda.<sup>89</sup>

Los rumores y acusaciones no dejaron de circular a los pocos días del asalto. Se decía, por ejemplo, que los cristeros “intentaron tomar el puerto de Manzanillo para apoderarse de una respetable cantidad de dinero que se hallaba en la Aduana Marítima”,<sup>90</sup> cosa que efectivamente hicieron; o que los cristeros esperaban —lo que era inexacto— la llegada de “un buque trayéndoles una

• • • • •

<sup>88</sup> *Ibid.*

<sup>89</sup> *Ibid.* Mall utilizaba con gran ligereza el término *revolucionario* para atribuirselo a los cristeros. No intento discutir aquí si los cristeros eran o no revolucionarios. Baste decir que, en términos generales, catalogo a los cristeros como rebeldes que defendían sus derechos religiosos y se oponían a las políticas agraristas del Estado mexicano, mas no como revolucionarios.

<sup>90</sup> Véase, *Ecos de la Costa*, Colima, 27 de mayo de 1928.

El general cristero Jesús Degollado...

gran cantidad de armas y municiones”.<sup>91</sup> Por la carta de Mall resulta evidente que, desde el punto de vista militar (y de la opinión pública) la toma de la planta de la California Standard Oil Company de México hubiera atraído atención internacional y hubiera forzado a los estadounidenses a intervenir con más energía en los asuntos internos de México.<sup>92</sup> Pero para la miopía del *estratega* militar y general cristero Jesús Degollado Guízar, esto era pedir demasiado.

El general tampoco combinó su ataque a Manzanillo con el asalto a otra plaza como Guadalajara, por citar un ejemplo.<sup>93</sup> Y esto me hace recordar las palabras del historiador y general de brigada Luis Garfias Magaña, respecto a lo *inconexo* de los ataques cristeros. Pero lo peor de todo es que —si hemos de creerle a Degollado Guízar en todo lo que se refiere a su plan maestro— le fallaron sus colaboradores más cercanos en la coordinación del ataque a Manzanillo, Colima y Villa de Álvarez, así como en la ejecución de la orden de dinamitar (y destruir por completo) el célebre puente Negro.

• • • • •

91 NA RG 59 SDR 812.00 Colima/6, Edward H. Mall al secretario de Estado norteamericano, Manzanillo, 26 de mayo de 1928.

92 Lo anterior lo asevero basándome en un telegrama que Mall envió a la embajada estadounidense en la Ciudad de México el 11 de junio de 1928. Dicho telegrama reza a la letra: “Junio 11, 11 a.m. Existen fuertes y persistentes rumores de que los revolucionarios atacarán de nueva cuenta Manzanillo. Conversaciones mantenidas con hombres de negocios confiables y bien informados, confirman el reporte. Los revolucionarios, de acuerdo a mis informantes, quemarán y destruirán Manzanillo habiendo mencionado especialmente la planta de la Standard Oil Company. Muchos opinan que la guarnición militar establecida aquí es insuficiente para ofrecer garantías y protección absolutas. Favor de ver a Wilkinson de la Standard Oil Company en el Edificio Cidosa. Se sugeriría que esto se lleve a la atención del Foreign Office [británico]. Favor de telegrafiar sobre acción tomada. El Departamento [de Estado norteamericano] ha sido informado”. Mall”. NA RG 59 SDR 812.00 Colima/8, Telegrama de Edward H. Mall a la embajada estadounidense en la Ciudad de México, Manzanillo, 11 de junio de 1928. El telegrama fue enviado al secretario de Estado a través de su embajada, el 11 de junio a mediodía. Sobre lo anterior véase también NA RG 59 SDR 812.00 Colima/16, Edward H. Mall al secretario de Estado norteamericano, Manzanillo, 11 de junio de 1928; y el resumen de una carta enviada por el representante de la California Standard Oil Company de México en Manzanillo, a la embajada estadounidense, anexo a NA RG 59 SDR Colima/19, Carta confidencial de H.F. Arthur Schoenfeld al secretario de Estado norteamericano, Ciudad de México, 26 de junio de 1928.

93 Mi lector anónimo afirma que el mismo día que los cristeros atacaron Manzanillo, otro grupo embistió Puerto Vallarta. El que ninguno de los cristeros mencionara este último ataque en sus memorias me hace sospechar que todos ellos ignoraban los planes de sus correligionarios en Jalisco para efectuar dicho asalto. Pero este mismo hecho remarca el punto de que los cristeros actuaban de manera inconexa en el occidente mexicano, incluso si sus acciones coincidían temporalmente.

Para finalizar, quiero volver al último de los *silencios* de los cristeros en general y de Degollado Guízar en particular. Se trata de un extraño personaje que, de encontrarse en Manzanillo al momento del ataque, se unió a los alzados en su retirada: hablo del *general* Jorge Ortiz, uno de los primeros *cristeros* en amnistiarse en mayo de 1929. Ortiz, de 40 a 45 años de edad, había sido *general* con Pancho Villa. Antes del asalto de los cristeros a Manzanillo, según informes de V. Harwood Blocker Jr. —vicecónsul estadounidense en Manzanillo—, Ortiz había trabajado durante ocho meses como asistente de calderero y vigilante de la California Standard Oil Company de México, “en donde tenía la reputación de ser un trabajador capaz”.

Fue despedido por la California Standard Oil Company de México cuando se recortaron las fuerzas de trabajo y se decía comúnmente que fue el hambre lo que hizo de se uniera a la banda rebelde, ya que apenas subsistía con lo que obtenía de su conexión con la promoción de peleas de gallos [labor a la que se había dedicado durante los seis meses anteriores a la llegada de los cristeros a Manzanillo].<sup>94</sup>

El jefe de los rebeldes cristeros no sólo abandonó la plaza de Manzanillo con los sentimientos indelebles de una derrota que pudo conjurarse, sino que pese a sus aspiraciones más secretas y su confianza ciega en la sagacidad de su plan maestro, no logró pasar a la historia como el campeador que supo coordinar con éxito las fuerzas cristeras de tres estados en el ataque a una plaza tan importante del occidente mexicano como lo era el puerto de Manzanillo. Su derrota militar y psicológica debió recordarle a Jesús Degollado Guízar lo imposible que era para una guerrilla —en la que participaban hombres con una gama infinita de intereses rivales—<sup>95</sup> abandonada a su suerte, ganar una

• • • • •

94 NARG 59 SDR 812.00 Colima/39, V. Harwood Blocker Jr., vicecónsul en turno, al secretario de Estado norteamericano, Manzanillo, 27 de mayo de 1929.

95 En este sentido, un editorial de *Ecos de la Costa* pareció vislumbrar algo más que la cuestión religiosa en las nuevas campañas cristeras, inauguradas ese 24 de mayo con la *toma de Manzanillo*:

Hay algo ya muy significativo que hace dudar —al menos por lo que respecta a nuestro estado— de que se trate de revolucionarios propiamente tales que se guiaran en su empresa por un programa político cualquiera. La perturbación producida por la cuestión religiosa que conmovió las esferas sociales, pudo ser el pretexto para iniciar la lucha, que

El general cristero Jesús Degollado...

guerra contra un Estado como el mexicano, que contaba con un ejército superior en número, tecnología y organización, al de las huestes cristeras.

D.R. © Servando Ortoll, México D. F., julio-diciembre, 2005.

después, al correr los acontecimientos, ha sido el abrigo de todos los elementos de desorden que en esas ocasiones se agitan dondequiera. Habrá quienes los ayuden y sueñen en su triunfo, porque ya se sabe que toda rebelión simpatiza a los descontentos que quisieran ver realizado por mano ajena el cambio de cosas que anhelan. Y podrá ser que ellos engañen y se engañen, aunque ya sus propósitos se hayan mudado o nunca hayan sido los que se creyeron.

La realidad que tememos es que se trate ahora de una empresa diferente y que los núcleos que aún persisten estén compuestos por todos los que han desertado de la sociedad principalmente por el motivo de la falta de trabajo en campos y ciudades, y que por la dura ley de la vida se echan a buscar el pan donde lo pueden arrancar con la fuerza de sus armas. Ya parecen turbas famélicas que arremolinadas por el instinto común, recorren los campos husmeando el alimento necesario para sus cuerpos como las multitudes campesinas de todos los tiempos y de todos los países que bajan de las montañas, asolando por donde pasan, cuando los acaudilla el jinete apocalíptico del hambre. Véase, "Editorial", en *Ecos de la Costa*, Colima, 3 de junio de 1928.